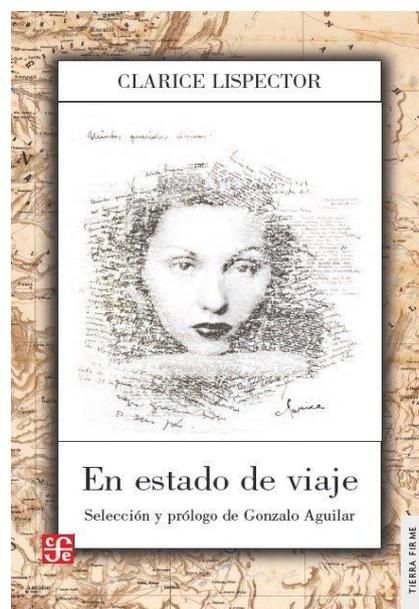




Gandolfi, Lucía S. "Reseña bibliográfica: Clarice Lispector, *En estado de viaje*".  
*Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, noviembre de 2019, vol. 8, nº 17, pp. 277-280

**Clarice Lispector**  
*En estado de viaje*  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Fondo de Cultura Económica  
2017  
315 pp.



Lucía Soledad Gandolfi<sup>1</sup>

Recibido: 26/08/2019

Aceptado: 30/09/2019

Publicado: 08/11/2019

*Entre los millones de huellas  
dejadas por alguien tras su muerte,  
¿cómo puede definirse una obra?*  
Michel Foucault, "¿Qué es un autor?"

*Eu não tenho enredo.  
Sou inopinadamente fragmentária.  
Sou aos poucos. Minha história é viver.  
E eu só sei viver as coisas quando já as vivi.  
Não sei viver, só sei lembrar-me.*

Clarice Lispector, en Borelli Olga,  
*Clarice Lispector: esboço para um possível retrato*

*En estado de viaje* reúne una serie de escritos fundada en cierta condición de extranjería que se ha atribuido a la vida y obra de Clarice Lispector. La escena de la inmigración primera, de su Ucrania natal a Bra-

sil, reiterada en varios de los escritos seleccionados, se instala ya en el apartado inicial "Carta de ciudadanía", con las solicitudes de nacionalización enviadas por la joven Clarice al entonces presidente de Brasil, Getúlio Vargas, en 1942. A partir de aquí, el libro rescata el periodo transcurrido junto a su marido, el diplomático Maury Gurgel Valente, entre 1944 y 1959, quince años en los que Lispector escribió y sobre todo reescribió su obra pero en los que casi no publicó. Así, el trabajo de compilación de Gonzalo Aguilar proyecta nueva luz sobre el misterio con que se ha construido su figura de escritora, y ofrece traducciones para buena parte de sus escritos personales, inédita hasta el momento en español.

El libro se compone mayormente de las numerosas cartas enviadas desde las

<sup>1</sup> Estudiante avanzada de la carrera de Letras (UNMDP). Contacto: [luugandolfi@gmail.com](mailto:luugandolfi@gmail.com)

diferentes ciudades transitadas durante esta fase cosmopolita. Su núcleo comprende dos ejes. Por un lado, la relación de Clarice con sus dos hermanas mayores, Elisa y Tania, a quienes interpela –juntas y por separado– con todos los apelativos cariñosos posibles. La correspondencia hace participar a sus seres queridos de los acontecimientos de su vida en el extranjero y se transforma en el espacio en que Lispector construye un hogar virtual, más allá de la distancia, con familiares y amigos.

Por otro lado, sus intercambios con escritores: Fernando Sabino, Lúcio Cardoso, Érico Veríssimo. Sin conseguir integrarse a un ámbito intelectual, Lispector recurre a la correspondencia y a los libros que le llegaban de Brasil para mantener un vínculo cultural, afectivo, vital: João Guimarães Rosa, Hélio Pellegrino, Lêdo Ivo, Ruth Guimarães son algunos de los autores brasileños a los que se refiere de manera explícita en sus cartas. Sus escritos, entonces, permiten reconstruir un mapa de lecturas así como de otras referencias culturales: su parecido con Verónica Lake (50), Casablanca –la ciudad y la película–, las *Cartas* de Katherine Mansfield (84), los “zapatos tipo Carmen Miranda” (83)...

*En estado de viaje* se completa, además, con algunas crónicas publicadas en el *Jornal do Brasil* entre 1967 y 1973, tras su regreso definitivo a Río de Janeiro. Si las cartas nos entregan los pormenores de una vida errante, en tensión entre el presente de la escritura y la consciencia de la dilación de su lectura, que lo vuelven siempre evanescente, proveen asimismo el placer voyeurista del documento personal, del vistazo de esa zona íntima intuida casi siempre en su escritura, pero nunca obtenida por completo. Las crónicas, en cambio, nos ofrecen la perspectiva del relato retrospectivo, articulado en torno al sentido que la autora le imprime en relación a unos lectores y a unas condiciones de publicación determinadas. Las cartas son lineales: no tienen principio ni fin, ni una trama bien delineada, son simplemente un fragmento de vida, breve, discontinuo. Como

en un diálogo por la mitad, desde las primeras correspondencias aparece ya el aburrimiento, la indistinción, como si ese “estado de viaje” que nos refiere le viniera desde hace mucho tiempo: en las cartas como en las crónicas, lo exótico intenta pasar por cotidiano, las referencias a los grandes acontecimientos –la guerra– se mencionan como al pasar, frente a las impresiones de una subjetividad que se nos presenta más fascinante.

La *humilitas* es un recurso recurrente en la captación del lector: “No pretendo afirmar que he prestado grandes servicios a la Nación [...] Soy joven y, sin actos de heroísmo, no he podido servir a Brasil sino frágilmente” (40), “no sé escribir cartas sobre viajes; en verdad, ni siquiera sé viajar” (52), “no soy cronista, y lo que escribo se está volviendo excesivamente personal” (68). Se excusa por la autorreferencia y la convierte en fortaleza mediante la cita de autoridad: “Él [‘Rubem Braga, el creador de la crónica’] dijo: ‘Es imposible, en la crónica, dejar de ser personal’. Pero yo no quiero contar mi vida a nadie: *mi vida es rica en experiencias y emociones vivas*, pero no quiero publicar nunca una autobiografía” (68). (Énfasis mío). La autora se defiende del gesto que reduce la singularidad de su escritura a mera introspección –como observa Aguilar en su Prólogo. O, tal vez, reivindica la importancia de su mundo privado frente a una escala de valores que desestima lo asociado a lo femenino como trivial. En la crónica “Anduve en camello, la Esfinge, la danza del vientre”, publicada el 12 de junio de 1971, Clarice escribió que no llegó a descifrar la Esfinge, pero que la Esfinge tampoco la descifró a ella: ese misterio habla también de la relación con sus lectores, como si ese juego de fascinación y sospechas mutuas marcara un vínculo oscilante que se profundizaría con las crónicas publicadas en los sesenta, las novelas y las entrevistas que fue concediendo.

Cartas y crónicas aparecen agrupadas en secciones que contemplan los itinerarios recorridos. “Escalas: entre África y

Groenlandia” reúne testimonios de sus estadias breves, reflexiona sobre la extrañeza de otras culturas y sobre el surgimiento, a su vez, de una cultura global: el uso del inglés como lengua franca, la moda, el cine que pasa las mismas películas en todas partes, sin subtítular, a las que accede parcialmente. Ella se mide con ese universo novedoso, lo compara con lo conocido, lo añorado: Río de Janeiro. Su falta de asombro, en comparación a la usual retórica de la maravilla de la narrativa de viajes (esa “sensación de tener que decir cosas formidables”; 81), se opone a los momentos en que ella misma aparece como objeto de la mirada de los otros, cuando se complace en interpretar sus posibles percepciones. Entre esas escalas, destaca Portugal, donde, por primera vez, Lispector entra en contacto con el campo literario local y establece relaciones con críticos y escritores reconocidos como Ribeiro Couto, João Gaspar Simões, Maria Archer y Natércia Freire, con quien mantuvo correspondencia hasta el final de su vida.

Ahora bien, las cartas que escribe desde Nápoles en la sección “Desembarco en Europa” la encuentran comprometida con las penurias de la Segunda Guerra Mundial. La elección de enviar un servicio diplomático a Italia durante el último tramo de esta guerra no había sido casual: por el sur de este país estaba entrando la Fuerza Expedicionaria del ejército brasileño que participó activamente en la contienda. Clarice viajó de Argel a Roma en un barco militar y después a Nápoles en un avión de la fuerza aérea, prestó colaboración humanitaria en la Cruz Roja, conoció Roma, Florencia, Venecia y París. Su preocupación principal consiste en tranquilizar a su familia y conseguir una comunicación eficiente. Un entusiasmo contradictorio, por la satisfacción que le produce ayudar a los soldados y por la tristeza de estar lejos de su familia, recorre los escritos de esta parte. Destaca, a su vez, la vinculación con Giuseppe Ungaretti, quien había sido profesor visitante en la Universidad de São Paulo en los años ‘30 y tradujo al italiano,

junto con su hija y con la colaboración de la propia Clarice, un capítulo de *Perto do coração selvagem* (1943).

“Calma Suíza”, en cambio, define el tercer tramo de sus viajes como “un cementerio de sensaciones”. Aquí comienza su correspondencia con Fernando Sabino, a quien había conocido durante su breve estadía en Río entre enero y marzo de 1946. En este contexto, tanto el existencialismo de Sartre como el misticismo suscitado por *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, se presentan como algo en que creer, a su vez que la inclinan a un tipo de introspección angustiante o de zozobra. Esa calma que asusta alimenta en muchos sentidos el carácter de una literatura que en los años ‘60 se abrirá al mundo, como una revancha. Hasta dónde —se pregunta Aguilar— todo ese sufrimiento, todas esas *saudades*, no fueron el sacrificio necesario para que Brasil alumbrara una voz única, definitivamente inimitable.

“*Ways of life*: Inglaterra y Estados Unidos” se inicia con un viaje de seis meses a Torquay (Inglaterra), donde comienza a escribir *A maçã no escuro* (1961). Tras dejar Inglaterra, Clarice retorna nuevamente a Brasil (esta vez por más de un año) y en julio de 1952 parte hacia Washington, la ciudad extranjera donde permaneció más tiempo. Vivió allí siete años y compartió su vida cotidiana con una comunidad diplomática más numerosa y atractiva que la de Berna. Entre las relaciones que entabló durante su estadía, se destaca la amistad con Érico Veríssimo —él y su esposa serían sus amistades más valiosas en Estados Unidos— y Lispector sufriría mucho su partida. En los textos de este periodo son notables sus observaciones sobre el *way of life* y la alegría que le proporcionan sus hijos (pese a que, con el tiempo, los problemas psiquiátricos de su hijo mayor, Pedro, la angustiarían muchísimo). Sin embargo, hay un criterio que privilegia el desorden, la confusión, la organicidad de las ciudades brasileñas: Washington, tal como les escribe a Helena y Fernando Sabino en febrero de 1953, es “linda, según

varias leyes de la belleza que no son las mías” (254-255); Londres, por el contrario, se destaca por su “fealdad, tan peculiar, tan bella” (339).

El trayecto recorrido por Lispector durante estos años prepara, de alguna manera, las condiciones para su regreso, como si hubiera ido creando un aura alrededor de su persona, un capital simbólico, con el cual lograría hacerse un lugar en una literatura que hasta entonces le había sido hostil. La lejanía, entonces, puede pensarse como base para su aparición fulgurante a principios de la década del sesenta, cuando se publicaron, en menos de un lustro, cuatro libros inéditos y se reeditaron los tres primeros, que eran inconseguibles. En este sentido, es digna de mención la larga misiva de 1959 dirigida, entre el respeto y la amonestación, a José Simeão Leal, quien cuatro años antes –como se enfatiza repetidas veces en la carta (333-337)– le había encargado los cuentos que luego conformarían el extraordinario volumen *Laços de família*, publicado recién en 1960.

El volumen, finalmente, cierra con una paradoja: “Crónica de un viaje futuro”, que contiene “Mi próximo y excitante viaje por el mundo”, texto que Clarice publicó en el *Jornal do Brasil* en 1972, el 1° de abril, conocido en varias partes del mundo como “día de los inocentes”. En el momento de imaginar una ficción para su vida, Lispector se escribe a sí misma *en estado viaje*, en tono lúdico, pero también como retorno: el movimiento del texto se narra en futuro pero como si ya hubiese ocurrido, como una suerte de destino. “Sé que me va a gustar de nuevo –como si fuera la primera lectura” (350), “Llegará el momento en que no pueda más de añoranzas de Brasil” (351). El lenguaje en sus primeras cartas a Getúlio Vargas se valora como posible servicio a la patria y, sobre todo como definición personal, de quien “piensa, habla, escribe y vive en portugués, haciendo de su lengua una profesión y apoyándose en ella para todos sus proyectos futuros, próximos o lejanos” (39). Ya en

esta última sección del libro, se piensa la lengua como problema fundante:

nuestra difícil lengua. Difícil pero fascinante. Sobre todo para escribir. Les aseguro que no es fácil escribir en portugués: es una lengua poco trabajada por el pensamiento y el resultado es poca maleabilidad para expresar los delicados estados del ser humano (351).

La escritura del viaje, entonces, más que recuperar, más que establecer un orden o un sentido a lo vivido, lo hace existir, una y otra vez: “yo sólo sé vivir las cosas cuando ya las viví –declara Lispector–. No sé vivir, sólo se recordarme” (Borelli, 17). (Traducción mía).

### Obras citadas

Borelli, Olga. *Clarice Lispector: esboço para um possível retrato*. Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1981.